

ETC.

ADELANTO EXCLUSIVO

OPERACION PRINCIPE

El corresponsal de *Página/12* en México, Miguel Bonasso, junto con los periodistas Roberto Bardini y Laura Restrepo, que en su momento tuvieron la primicia mundial de la liberación del coronel chileno Carlos Carreño, secuestrado por el Frente Patriótico Manuel Rodríguez, revelan ahora, a un año del hecho, la trama secreta del audaz operativo guerrillero que trascendió los límites chilenos cuando cautivo y captores recorrieron juntos más de 5000 kilómetros, atravesando por lo menos seis provincias argentinas y varias fronteras internacionales para, finalmente, liberar a Carreño en Brasil. Este adelanto exclusivo de *Página/12* forma parte de un libro del mismo nombre que la editorial *Planeta* de México lanzará en los próximos días. El libro también incluye información de primera mano sobre el fallido atentado contra Pinochet perpetrado por el mismo grupo guerrillero.

Por Laura Restrepo, Roberto Bardini y Miguel Bonasso

Un día de fines de noviembre, una camioneta Chevrolet 1986, con tracción en las cuatro ruedas y un tanque adicional de gasolina, avanzaba a toda velocidad por la carretera que atraviesa el Valle del Elqui, al norte de Chile.

El valle es una región muy fértil, al pie de la Cordillera de los Andes, donde se cultivan naranjas y limones y se produce pisco, un aguardiente típico. Lo cruzan dos ríos y está lleno de pequeños poblados rurales. El camino es desolado, va por el fondo del valle y corre paralelo a torres de alta tensión. En algunas partes, la ruta bordea por la falda de un cerro y, al fondo, a centenares de metros, se ve uno de los ríos. En invierno, la zona está llena de nieve; en noviembre, es primavera y la carretera está despejada. En el trayecto van y vienen camionetas de color salmón de la compañía minera Indio.

Desde Santiago al valle son 600 kilómetros de distancia y el conductor de la Chevrolet había hecho el trayecto en nueve horas. La ruta serpentea hacia el Este y conduce a la frontera con la Argentina. La camioneta iba rumbo a Paso del Agua Negra,



a 4765 metros de altura en la Cordillera de los Andes, un lugar poco vigilado en la frontera. El camino es de tierra en los últimos 120 kilómetros antes de entrar a la provincia argentina de San Juan.

El chofer parecía apurado y los dos acompañantes que iban despiertos estaban un poco nerviosos.

Un cuarto individuo, sin embargo, viajaba muy tranquilo. Dormía profundamente en el asiento trasero y, de tanto en tanto, roncaba. Sus ronquidos eran parecidos al ruido del tronco de un árbol al quebrarse y desplomarse en el bosque o al motor de una motocicleta que atraviesa la calle principal de un pueblo de campo a las dos de la mañana. Aunque no había mucho sol, el hombre que dormía llevaba puestos anteojos oscuros espejados que no permitían verle los ojos. Y, por dentro, el vidrio de los lentes estaba recubierto de una tela negra.

El hombre era el coronel Carlos Carreño y estaba casi irreconocible. Tenía el pelo teñido de negro y exhibía unos frondosos —y muy falsos— bigotes del mismo color. Había aumentado, además, ocho kilos de peso. Los escandalosos ronquidos del ex cadete militar al que veinte años atrás sus camaradas habían apodado "El Corneta" eran efecto de un potente sedante conocido como Flunitrazepán.

Poco menos de dos horas después, la Chevrolet 1986 y sus cuatro ocupantes salían de Chile y entraban al país vecino sin problemas, con placas y documentación uruguayas. En la ciudad de San Juan los esperaba un equipo de tres miembros del FPMR para hacerse cargo de "El Príncipe": un "matrimonio" joven y Simón, que estaba a cargo de la segunda fase del operativo.

De ahora en más, se trataba de atravesar la Argentina a lo ancho —de Oeste a Este, hasta la frontera con Brasil— en poco más de un día, sin parar a dormir. En total, son más de 1500 kilómetros a través de seis provincias (San Juan, La Rioja, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes). De la ciudad de Paso de los Libres, en Corrientes, pasarían a Uruguaiana, Estado de Rio Grande do Sul, en territorio brasileño.

Los dos integrantes de la pareja viajarían adelante y se turnarían para manejar. Unos días antes, el muchacho había hecho un recorrido de ida y vuelta —como exploración previa del trayecto— desde San Juan hasta la frontera con Brasil. Sabía que las carreteras eran buenas y que los paisajes resultarían gratos, pero también que sería un viaje pesado para hacerlo en una sola jornada. Conocía los posibles lugares para comer en el camino y algunos retenes de la Gendarmería Argentina donde se hacían controles rutinarios. Además, hablaba un poco de portugués. Simón iría atrás, vigilando a "El Príncipe". Llevaba una pistola automática y dos frascos de distintos somníferos: Flunitrazepán, que era capaz de desmayar elefantes, y Diazepán, más liviano.

"Operación Príncipe" entraba en sus etapas finales.

—Paremos a comer —dijo Simón cuando vio el restaurante al costado de la carretera.

El lugar tenía mesas afuera y, a esa hora, había poca gente. Llevaban ocho horas de viaje y habían hecho dos paradas de cinco minutos para orinar y estirar las piernas a un lado del camino. Carreño iba con los lentes oscuros y semidormido, bajo efecto del Diazepán.

Simón le sacudió un hombro.

—Nos detendremos a comer —le avisó—. Usted se queda aquí y le traeremos algo.

El conductor estacionó la camioneta a unos diez metros del restaurante. Los tres militantes del Frente Patriótico bajaron, el chofer colocó los seguros automáticos —que eran para seguridad de niños, no se podían abrir desde adentro— y el teniente coronel se quedó haciéndose el dormido. Quedó de espaldas a sus captores, y ellos observándolo. La parada duró media hora. Antes de pagar la cuenta y abandonar el lugar, pidieron un sandwich doble de jamón y queso y una gaseosa "para el tío que no se quiso bajar".

Todos los sistemas habían sido acordados previamente. Carreño se había puesto nervioso pero prometió colaborar hasta el final. "No voy a cometer ninguna imprudencia", aseguró. Tenía la certeza de que se acercaba su liberación y estaba impaciente.

Los cuatro viajaban con pasaportes uruguayos falsos, como turistas en vacaciones. Llevaban una cobertura mínima colectiva: quiénes eran, de dónde venían, hacia dónde iban. Carreño se había aprendido su nueva identidad, como tío de la muchacha. Simón era, supuestamente, compañero de trabajo del marido de su sobrina.

Si veían algún control policial, habían acordado que le avisarían y él se sacaría los lentes y fingiría dormir. En caso de que en algún procedimiento de rutina los hicieran bajar para revisar el vehículo, el teniente coronel tenía indicaciones de abrir los ojos pero evitar mirarles los rostros. Le habían advertido que cualquier intento, no ya de denunciarlos, sino simplemente de mirarlos, le iba a traer consecuencias. "En tres meses de tratar con nosotros, sabía que cumplíamos lo que decíamos; más bien, actuó responsablemente", comentó Simón.

"Le estoy apuntando"

Carreño roncaba. Simón lo sacudió suavemente y le dijo:

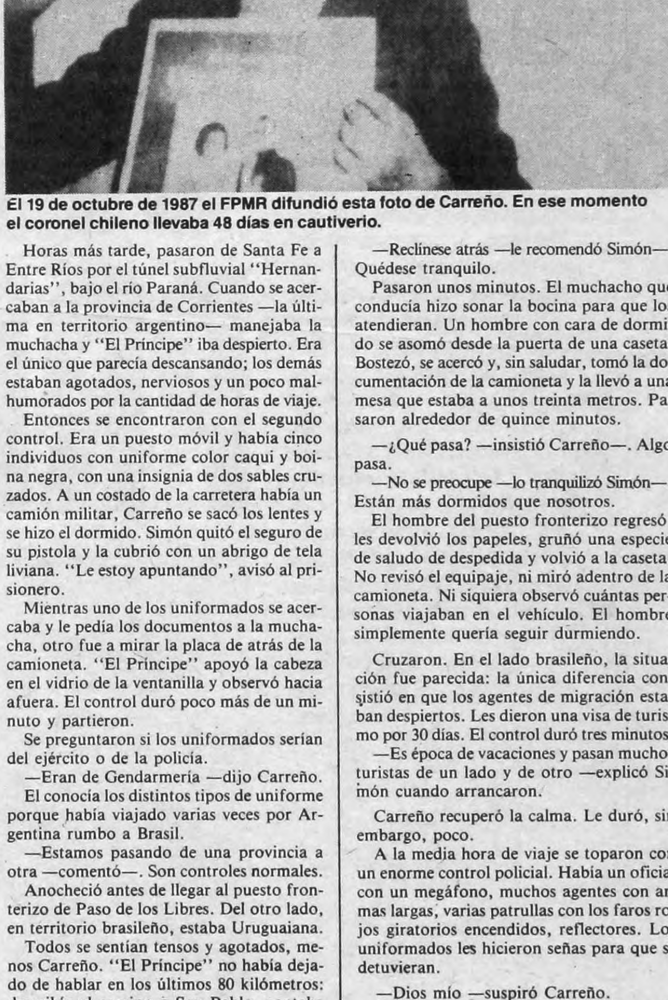
—Un control.

Estaban atravesando el límite entre Córdoba y Santa Fe. El viaje se había hecho largo y sentían la cintura dolorida, los músculos endurecidos, las piernas necesitadas de movimiento. Doscientos metros adelante de la camioneta había una pequeña caseta y siete u ocho uniformados de Gendarmería Nacional, la policía militarizada de fronteras.

"El Príncipe" se despertó medio atontado y preguntó qué pasaba. "Un control", repitió Simón, y le pidió que se sacara los lentes y que se quedara tranquilo. "Sí", dijo Carreño. Y acomodó su cabeza y siguió durmiendo.

Un gendarme se acercó y pidió la licencia de conducir del chofer y la documentación del auto. Fue muy cordial y preguntó hacia dónde se dirigían. El conductor le dijo que regresaban a Uruguay. El uniformado le devolvió los papeles y le deseó buen viaje. La parada fue de poco más de un minuto y hubo un momento de tensión entre los ocupantes de la camioneta. La tensión se disipó completamente después que arrancaron, a los cinco o seis metros, con el primer ronquido de Carreño.





El 19 de octubre de 1987 el FPMR difundió esta foto de Carreño. En ese momento el coronel chileno llevaba 48 días en cautiverio.

Horas más tarde, pasaron de Santa Fe a Entre Ríos por el túnel subfluvial "Hernandarias", bajo el río Paraná. Cuando se acercaban a la provincia de Corrientes —la última en territorio argentino— manejaba la muchacha y "El Príncipe" iba despierto. Era el único que parecía descansando; los demás estaban agotados, nerviosos y un poco malhumorados por la cantidad de horas de viaje.

Entonces se encontraron con el segundo control. Era un puesto móvil y había cinco individuos con uniforme color caqui y boina negra, con una insignia de dos sables cruzados. A un costado de la carretera había un camión militar, Carreño se sacó los lentes y se hizo el dormido. Simón quitó el seguro de su pistola y la cubrió con un abrigo de tela liviana. "Le estoy apuntando", avisó al prisionero.

Mientras uno de los uniformados se acercaba y le pedía los documentos a la muchacha, otro fue a mirar la placa de atrás de la camioneta. "El Príncipe" apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla y observó hacia afuera. El control duró poco más de un minuto y partieron.

Se preguntaron si los uniformados serían del ejército o de la policía.

—Eran de Gendarmería —dijo Carreño.

El conocía los distintos tipos de uniforme porque había viajado varias veces por Argentina rumbo a Brasil.

—Estamos pasando de una provincia a otra —comentó—. Son controles normales.

Anocheció antes de llegar al puesto fronterizo de Paso de los Libres. Del otro lado, en territorio brasileño, estaba Uruguaiana.

Todos se sentían tensos y agotados, menos Carreño. "El Príncipe" no había dejado de hablar en los últimos 80 kilómetros: describía el camino a San Pablo, contaba anécdotas que le habían ocurrido durante sus vacaciones en Brasil, recomendaba ciertas comidas típicas y hacía chistes.

En el asiento delantero, la "sobrina" contestaba con monosílabos y su acompañante cabeceaba. A Simón, cada párpado le pesaba una tonelada, sentía que tenía arena en los ojos y le costaba concentrarse en la catarata verbal de Carreño: alucinaba con un cuarto a oscuras y una cama *king size* y sábanas suaves.

Entonces se oyó la voz cansada de la muchacha:

—La frontera —avisó.

Pavimento caliente

A esa hora de la madrugada, la camioneta Chevrolet era el único vehículo en la frontera y el puesto argentino daba la impresión de estar abandonado.

—Parece que no hay nadie —dijo el muchacho que iba adelante. Hacía poco tiempo que se había hecho cargo del volante. Había dormido mal, de a ratos, y estaba más cansado que antes.

—Puede ser una trampa —dijo Carreño, intranquilo.

El teniente coronel se había incorporado automáticamente, por reflejo, para mirar a través del parabrisas. Olvidó que tenía puestos los lentes oscuros y que no podía ver nada. La euforia de unos momentos atrás se había convertido, repentinamente, en temor.

—Reclínese atrás —le recomendó Simón—. Quédese tranquilo.

Pasaron unos minutos. El muchacho que conducía hizo sonar la bocina para que los atendieran. Un hombre con cara de dormido se asomó desde la puerta de una caseta. Bostezó, se acercó y, sin saludar, tomó la documentación de la camioneta y la llevó a una mesa que estaba a unos treinta metros. Pasaron alrededor de quince minutos.

—¿Qué pasa? —insistió Carreño—. Algo pasa.

—No se preocupe —lo tranquilizó Simón—. Están más dormidos que nosotros.

El hombre del puesto fronterizo regresó, les devolvió los papeles, gruñó una especie de saludo de despedida y volvió a la caseta. No revisó el equipaje, ni miró adentro de la camioneta. Ni siquiera observó cuántas personas viajaban en el vehículo. El hombre simplemente quería seguir durmiendo.

Cruzaron. En el lado brasileño, la situación fue parecida: la única diferencia consistió en que los agentes de migración estaban despiertos. Les dieron una visa de turismo por 30 días. El control duró tres minutos.

—Es época de vacaciones y pasan muchos turistas de un lado y de otro —explicó Simón cuando arrancaron.

Carreño recuperó la calma. Le duró, sin embargo, poco.

A la media hora de viaje se toparon con un enorme control policial. Había un oficial con un megáfono, muchos agentes con armas largas, varias patrullas con los faros rojos giratorios encendidos, reflectores. Los uniformados les hicieron señas para que se detuvieran.

—Dios mío —suspiró Carreño.

Un policía les pidió los documentos de identidad y de propiedad del vehículo. Mientras el agente revisaba los papeles, se acercó a la camioneta un hombre de civil que traía una placa metálica en el pecho: era de la policía federal. Vestía un suéter de cuello alto, blue-jeans, botas vaqueras, una chaqueta de abrigo. Tenía una subametralladora colgada del hombro,una pistola en el bolsillo derecho del pantalón, esposas colgadas del cinturón y una granada. A pesar de que era de noche, llevaba puestos anteojos oscuros. "El tipo tenía una pinta bastante particular —recordó Simón tiempo después—, parecía uno de esos detectives de las series de televisión."

El hombre de la placa metálica dio una vuelta alrededor de la camioneta, despacio, observando a sus ocupantes. Después se dirigió al policía, que continuaba revisando la documentación, y le preguntó:

—¿Son paraguayos? —Hablaba portuñol, esa mezcla de portugués y español con que se expresan los habitantes de Rio Grande do Sul.

—No —contestó el agente—. Uruguayos.

"El Príncipe" transpiraba y se movía en el asiento, nervioso. El detective volvió a mirar adentro de la camioneta y se quedó hablando con el agente. Los ocupantes de la Chevrolet pudieron entender que la policía buscaba a un paraguayo que había robado un automóvil en una ciudad cercana y, según avisos, iba armado y era peligroso. Todas las fronteras estaban avisadas.

—No hay problema —le dijo el de civil al uniformado—. Que sigan.



a 4765 metros de altura en la Cordillera de los Andes, un lugar poco vigilado en la frontera. El camino es de tierra en los últimos 120 kilómetros antes de entrar a la provincia argentina de San Juan.

El chofer parecía apurado y los dos acompañantes que iban despiertos estaban un poco nerviosos.

Un cuarto individuo, sin embargo, viajaba muy tranquilo. Dormía profundamente en el asiento trasero y, de tanto en tanto, roncaba. Sus ronquidos eran parecidos al ruido del tronco de un árbol al quebrarse y desplomarse en el bosque o al motor de una motocicleta que atraviesa la calle principal de un pueblo de campo a las dos de la mañana. Aunque no había mucho sol, el hombre que dormía llevaba puestos anteojos oscuros espejados que no permitían verle los ojos. Y, por dentro, el vidrio de los lentes estaba recubierto de uha tela negra.

El hombre era el coronel Carlos Carreño y estaba casi irreconocible. Tenía el pelo teñido de negro y exhibía unos frondosos —y muy falsos— bigotes del mismo color. Había aumentado, además, ocho kilos de peso. Los escandalosos ronquidos del ex cadete militar al que veinte años atrás sus camaradas habían apodado "El Corneta" eran efecto de un potente sedante conocido como Flunitrazepán.

Poco menos de dos horas después, la Chevrolet 1986 y sus cuatro ocupantes salían de Chile y entraban al país vecino sin problemas, con placas y documentación uruguayas. En la ciudad de San Juan los esperaba un equipo de tres miembros del FPMR para hacerse cargo de "El Príncipe": un "matrimonio" joven y Simón, que estaba a cargo de la segunda fase del operativo.

De ahora en más, se trataba de atravesar la Argentina a lo ancho —de Oeste a Este, hasta la frontera con Brasil— en poco más de un día, sin parar a dormir. En total, son más de 1500 kilómetros a través de seis provincias (San Juan, La Rioja, Córdoba, Santa Fe, Entre Ríos y Corrientes). De la ciudad de Paso de los Libres, en Corrientes, pasarían a Uruguaiana, Estado de Río Grande do Sul, en territorio brasileño.

Los dos integrantes de la pareja viajarían adelante y se turnarían para manejar. Unos días antes, el muchacho había hecho un recorrido de ida y vuelta —como exploración previa del trayecto— desde San Juan hasta la frontera con Brasil. Sabía que las carreteras eran buenas y que los paisajes resultarían gratos, pero también que sería un viaje pesado para hacerlo en una sola jornada. Conocía los posibles lugares para comer en el camino y algunos retenes de la Gendarmería Argentina donde se hacían controles rutinarios. Además, hablaba un poco de portugués. Simón iría atrás, vigilando a "El Príncipe". Llevaba una pistola automática y dos frascos de distintos somníferos: Flunitrazepán, que era capaz de desmayar elefantes, y Diazepán, más liviano.

"Operación Príncipe" entraba en sus etapas finales.

—Paremos a comer —dijo Simón cuando vio el restaurante al costado de la carretera.

El lugar tenía mesas afuera y, a esa hora, había poca gente. Llevaban ocho horas de viaje y habían hecho dos paradas de cinco minutos para orinar y estirar las piernas a un lado del camino. Carreño iba con los lentes oscuros y semidormido, bajo efecto del Diazepán.

Simón le sacudió un hombro.

—Nos detendremos a comer —le avisó—. Usted se queda aquí y le traeremos algo.

El conductor estacionó la camioneta a unos diez metros del restaurante. Los tres militantes del Frente Patriótico bajaron, el chofer colocó los seguros automáticos —que eran para seguridad de niños, no se podían abrir desde adentro— y el teniente coronel se quedó haciéndose el dormido. Quedó de espaldas a sus captores, y ellos observándolo. La parada duró media hora. Antes de pagar la cuenta y abandonar el lugar, pidieron un sandwich doble de jamón y queso y una gaseosa "para el tío que no se quiso bajar".

Todos los sistemas habían sido acordados previamente. Carreño se había puesto nervioso pero prometió colaborar hasta el final. "No voy a cometer ninguna imprudencia", aseguró. Tenía la certeza de que se acercaba su liberación y estaba impaciente.

Los cuatro viajaban con pasaportes uruguayos falsos, como turistas en vacaciones. Llevaban una cobertura mínima colectiva: quiénes eran, de dónde venían, hacia dónde iban. Carreño se había aprendido su nueva identidad, como tío de la muchacha. Simón era, supuestamente, compañero de trabajo del marido de su sobrina.

Si veían algún control policial, habían acordado que le avisarían y él se sacaría los lentes y fingiría dormir. En caso de que en algún procedimiento de rutina los hicieran bajar para revisar el vehículo, el teniente coronel tenía indicaciones de abrir los ojos pero evitar mirarles los rostros. Le habían advertido que cualquier intento, no ya de denunciarlos, sino simplemente de mirarlos, le iba a traer consecuencias. "En tres meses de tratar con nosotros, sabía que cumplíamos lo que decíamos; más bien, actuó responsablemente", comentó Simón.

"Le estoy apuntando"

Carreño roncaba. Simón lo sacudió suavemente y le dijo:

—Un control.

Estaban atravesando el límite entre Córdoba y Santa Fe. El viaje se había hecho largo y sentían la cintura dolorida, los músculos endurecidos, las piernas necesitadas de movimiento. Doscientos metros adelante de la camioneta había una pequeña caseta y siete u ocho uniformados de Gendarmería Nacional, la policía militarizada de fronteras.

"El Príncipe" se despertó medio atontado y preguntó qué pasaba. "Un control", repitió Simón, y le pidió que se sacara los lentes y que se quedara tranquilo. "Sí", dijo Carreño. Y acomodó su cabeza y siguió durmiendo.

Un gendarme se acercó y pidió la licencia de conducir del chofer y la documentación del auto. Fue muy cordial y preguntó hacia dónde se dirigían. El conductor le dijo que regresaban a Uruguay. El uniformado le devolvió los papeles y les deseó buen viaje. La parada fue de poco más de un minuto y hubo un momento de tensión entre los ocupantes de la camioneta. La tensión se disipó completamente después que arrancaron, a los cinco o seis metros, con el primer ronquido de Carreño.





El 19 de octubre de 1987 el FPMR difundió esta foto de Carreño. En ese momento el coronel chileno llevaba 48 días en cautiverio.

Horas más tarde, pasaron de Santa Fe a Entre Ríos por el túnel subfluvial "Hernandarias", bajo el río Paraná. Cuando se acercaban a la provincia de Corrientes —la última en territorio argentino— manejaba la muchacha y "El Príncipe" iba despierto. Era el único que parecía descansando; los demás estaban agotados, nerviosos y un poco malhumorados por la cantidad de horas de viaje.

Entonces se encontraron con el segundo control. Era un puesto móvil y había cinco individuos con uniforme color caqui y boina negra, con una insignia de dos sables cruzados. A un costado de la carretera había un camión militar, Carreño se sacó los lentes y se hizo el dormido. Simón quitó el seguro de su pistola y la cubrió con un abrigo de tela liviana. "Le estoy apuntando", avisó al prisionero.

Mientras uno de los uniformados se acercaba y le pedía los documentos a la muchacha, otro fue a mirar la placa de atrás de la camioneta. "El Príncipe" apoyó la cabeza en el vidrio de la ventanilla y observó hacia afuera. El control duró poco más de un minuto y partieron.

Se preguntaron si los uniformados serían del ejército o de la policía.

—Eran de Gendarmería —dijo Carreño.

El conocía los distintos tipos de uniforme porque había viajado varias veces por Argentina rumbo a Brasil.

—Estamos pasando de una provincia a otra —comentó—. Son controles normales.

Anocheció antes de llegar al puesto fronterizo de Paso de los Libres. Del otro lado, en territorio brasileño, estaba Uruguaiana.

Todos se sentían tensos y agotados, menos Carreño. "El Príncipe" no había dejado de hablar en los últimos 80 kilómetros: describía el camino a San Pablo, contaba anécdotas que le habían ocurrido durante sus vacaciones en Brasil, recomendaba ciertas comidas típicas y hacía chistes.

En el asiento delantero, la "sobrina" contestaba con monosílabos y su acompañante cabeceaba. A Simón, cada párpado le pesaba una tonelada, sentía que tenía arena en los ojos y le costaba concentrarse en la catarata verbal de Carreño: alucinaba con un cuarto a oscuras y una cama *king size* y sábanas suaves.

Entonces se oyó la voz cansada de la muchacha:

—La frontera —avisó.

Pavimento caliente

A esa hora de la madrugada, la camioneta Chevrolet era el único vehículo en la frontera y el puesto argentino daba la impresión de estar abandonado.

—Parece que no hay nadie —dijo el muchacho que iba adelante. Hacía poco tiempo que se había hecho cargo del volante. Había dormido mal, de a ratos, y estaba más cansado que antes.

—Puede ser una trampa —dijo Carreño, intranquilo.

El teniente coronel se había incorporado automáticamente, por reflejo, para mirar a través del parabrisas. Olvidó que tenía puestos los lentes oscuros y que no podía ver nada. La euforia de unos momentos atrás se había convertido, repentinamente, en temor.

—Reclínese atrás —le recomendó Simón—. Quédese tranquilo.

Pasaron unos minutos. El muchacho que conducía hizo sonar la bocina para que los atendieran. Un hombre con cara de dormido se asomó desde la puerta de una caseta. Bostezó, se acercó y, sin saludar, tomó la documentación de la camioneta y la llevó a una mesa que estaba a unos treinta metros. Pasaron alrededor de quince minutos.

—¿Qué pasa? —insistió Carreño—. Algo pasa.

—No se preocupe —lo tranquilizó Simón—. Están más dormidos que nosotros.

El hombre del puesto fronterizo regresó, les devolvió los papeles, gruñó una especie de saludo de despedida y volvió a la caseta. No revisó el equipaje, ni miró adentro de la camioneta. Ni siquiera observó cuántas personas viajaban en el vehículo. El hombre simplemente quería seguir durmiendo.

Cruzaron. En el lado brasileño, la situación fue parecida: la única diferencia consistió en que los agentes de migración estaban despiertos. Les dieron una visa de turismo por 30 días. El control duró tres minutos.

—Es época de vacaciones y pasan muchos turistas de un lado y de otro —explicó Simón cuando arrancaron.

Carreño recuperó la calma. Le duró, sin embargo, poco.

A la media hora de viaje se toparon con un enorme control policial. Había un oficial con un megáfono, muchos agentes con armas largas, varias patrullas con los faros rojos giratorios encendidos, reflectores. Los uniformados les hicieron señas para que se detuvieran.

—Dios mío —suspiró Carreño.

Un policía les pidió los documentos de identidad y de propiedad del vehículo. Mientras el agente revisaba los papeles, se acercó a la camioneta un hombre de civil que traía una placa metálica en el pecho: era de la policía federal. Vestía un suéter de cuello alto, blue-jeans, botas vaqueras, una chaqueta de abrigo. Tenía una subametralladora colgada del hombro, una pistola en el bolsillo derecho del pantalón, esposas colgadas del cinturón y una granada. A pesar de que era de noche, llevaba puestos anteojos oscuros. "El tipo tenía una pinta bastante particular —recordó Simón tiempo después—, parecía uno de esos detectives de las series de televisión."

El hombre de la placa metálica dio una vuelta alrededor de la camioneta, despacio, observando a sus ocupantes. Después se dirigió al policía, que continuaba revisando la documentación, y le preguntó:

—¿Son paraguayos? —Hablaba portuñol, esa mezcla de portugués y español con que se expresan los habitantes de Río Grande do Sul.

—No —contestó el agente—. Uruguayos.

"El Príncipe" transpiraba y se movía en el asiento, nervioso. El detective volvió a mirar adentro de la camioneta y se quedó hablando con el agente. Los ocupantes de la Chevrolet pudieron entender que la policía buscaba a un paraguayo que había robado un automóvil en una ciudad cercana y, según avisos, iba armado y era peligroso. Todas las fronteras estaban avisadas.

—No hay problema —le dijo el de civil al uniformado—. Que sigan.



Carlos Carreño el 4 de diciembre entrevistado por la TV chilena. Horas antes el coronel había hecho el papel de turista ciego.

El tipo de la placa daba la sensación de que se moría de ganas de ponerle la mano encima al paraguayo fugitivo. Se alejó en dirección a otro automóvil que estaba detenido en el carril contrario. Caminaba como si llevara una sandía entre las piernas y su actitud era la de "aquí vengo yo, y soy un duro".

La camioneta echó a andar.

—Relájese, hombre —le dijo Simón a Carreño—. No tiene por qué preocuparse: usted es un ciudadano uruguayo.

Mientras viajaban, Simón pensó en Boris, con quien se encontrarían en San Pablo. Y recordó una anécdota de "El Príncipe" que su compañero le había contado algún tiempo atrás. Entonces tuvo una idea. Sin hacer ruido, descargó su pistola y la dejó en el asiento, entre Carreño y él. Después fingió roncar. El teniente coronel, que llevaba los anteojos puestos y tenía la cabeza reclinada en el asiento, con la cara hacia el techo, apoyó al rato la mano en el asiento y tocó sin querer la pistola. El militar retiró inmediatamente la mano.

—¡Cuidado! —gritó Simón.

Iban a cien kilómetros por hora. El muchacho que manejaba se había dormido y la Chevrolet se salió del camino. De un golpe de timón, enderezó la camioneta. Era la tercera vez que ocurría desde que habían cargado el combustible. Simón había intentado dar charla al conductor para mantenerlo despierto, sin resultado. La acompañante cabeceaba. Carreño, que en los últimos kilómetros iba despierto, estaba nervioso por los vaivenes del vehículo. Había mucho cansancio acumulado: hacían turnos de dos horas para dormir pero cuando despertaban tenían más sueño que antes. Y, a medida que el día aclaraba, aumentaba el calor.

El chofer se detuvo a un costado de la carretera.

—No doy más —dijo—. No puedo mantener los ojos abiertos.

—Si quieren, yo puedo manejar —ofreció Carreño—. Conozco bien el camino.

"Podría ser", pensó Simón. Era mejor que arriesgarse a un accidente o perder tiempo durmiendo.

Habían viajado a un promedio de cien kilómetros por hora, que era la velocidad prudente para evitar que los detuviera la policía de caminos. Otro equipo del Frente Patriótico los esperaba en una casa de las afueras de San Pablo entre las ocho de la mañana y las tres de la tarde. Si no llegaban en ese plazo, el contacto se haría al día siguiente. Hasta ahora, iban bien: esperaban estar a la una de la tarde en el punto convenido. Sabían que San Pablo era una ciudad grande y habían calculado que demorarían una o dos horas más para encontrar la casa.

"Podría ser", se repitió Simón, pero enseguida descartó la posibilidad. Decidió, en cambio, hacer una parada breve.

—Quince minutos —dijo—. No más.

—Está bien —suspiró el conductor—. Será suficiente.

"El Príncipe" estaba tenso y no tenía sueño. Simón lo invitó a bajar de la camioneta para caminar.

—Venga —le dijo—. Le tomaré unas fotos.

Lo condujo del brazo a unos veinte metros atrás del vehículo, en sentido contrario al que viajaban, y se escondió en la maleza. "Listo —avisó—, sáquese los lentes y mire para acá." El teniente coronel estaba de espaldas a la carretera y había tanta oscuridad que no sabía de dónde venía la voz. Simón apretó el disparador de la cámara fotográfica y el militar se encegueció momentáneamente por el destello del flash. El combatiente le tomó varias fotos.

Llegaron a Curitiba cuando amaneció. Y sucedió algo que los atrasó más.

Tenían que tomar otra carretera. Viniendo desde el sur, antes de Curitiba, hay un complicado cruce de varias autopistas que conducen a distintos sitios: Porto Alegre, Iguazú, San Pablo y otras ciudades. El lugar está lleno de carteles indicadores, puentes, entradas y salidas. Poco antes, Carreño les había advertido que era difícil tomar la ruta a San Pablo. Relató que en una ocasión se perdió y, después de dar muchas vueltas, había salido en dirección contraria a donde iba.

Mientras Carreño hablaba, pasaron por el costado de una iglesia. El teniente coronel decía que había que entrar a Curitiba, que el camino era más largo pero más seguro. El conductor no le hizo caso: prefería guiarse por los carteles que sugerían bordear la ciudad. "Así ganaremos tiempo", dijo. Al rato, se encontraron frente a una encrucijada en la que no había señales indicadoras. El muchacho que manejaba comenzó a meterse en calles de tierra hasta que logró volver a la carretera.

—Listo —dijo—. No era tan complicado.

Entonces vieron de nuevo la iglesia por la que habían pasado varios minutos antes. "Hay que entrar a Curitiba —insistía Carreño—, el camino es más largo pero más seguro." El chofer se detuvo y consultó un mapa de rutas con su acompañante. El asunto estaba confuso. Después, extendieron el mapa y le pidieron la opinión a Simón. Entre los tres señalaron los caminos que parecían los indicados y partieron.

A los treinta minutos pasaron nuevamente por la iglesia, pero ahora en sentido contrario: iban rumbo a Porto Alegre. Cuando pudo, mucho más adelante, el conductor dio la vuelta. Carreño se había dado cuenta de que sus captores andaban perdidos y estaba nervioso. Llevaban una hora yendo y viniendo. El conductor llegó al cruce de autopistas del principio y detuvo la camioneta. "Esto es infernal", dijo. Entonces Simón le pidió al prisionero que se quitara las gafas y mirara los letreros indicadores.

—Claro —dijo "El Príncipe"—. Exactamente aquí me perdí yo aquella vez.

El chofer siguió sus indicaciones y entraron a Curitiba. En veinte minutos atravesaron la ciudad y llegaron a la carretera a San Pablo. Cargaron gasolina. Eran las ocho de la mañana, habían perdido una hora y media, y faltaban 500 kilómetros.



Al fin llegaron a los alrededores de San Pablo después del mediodía de ese sábado 28 de noviembre. Fueron, a pesar de todo, puntuales. En el lugar de cita previsto los esperaban dos parejas de "turistas" en un vehículo alquilado. Los cuatro compañeros del nuevo equipo estaban preocupados por la demora y a punto de irse, para regresar al día siguiente.

El turista ciego

El primero de diciembre fue un día de intensa actividad.

La noche anterior, cuatro rodriguistas y "El Príncipe" evacuaron la casa de los alrededores de San Pablo y ocuparon un departamento en el centro de la ciudad. El nuevo lugar estaba en el décimo piso, era amplio y había sido alquilado previamente por "turistas uruguayos".

Las cinco personas adoptaron nuevas identidades. Eran, aparentemente, un grupo familiar en vacaciones: dos matrimonios jóvenes —entre los que se encontraban Simón y Boris— y el papá de una de las muchachas. Ese señor padecía ceguera a causa de un accidente —usaba lentes negros y bastón blanco— y era el hermano mayor de uno de los rodriguistas. El turista ciego no saldría de su habitación hasta 48 horas después y no regresaría nunca más al departamento.

A las cinco y media de la tarde del miércoles 2 de diciembre, Mario Leite, el editor internacional de *O Estado de São Paulo*, recibió una extraña llamada en español que parecía aludir a un secuestro. Sin demasiadas expectativas de gran noticia, le pasó el teléfono a uno de sus redactores que hablaba castellano a la perfección, Cristian Bofill.

Bofill, por una de esas casualidades que serían inadmisibles en una ficción sofisticada pero que la realidad se empeña en producir a cada paso, estaba en ese preciso momento revisando información cablegráfica sobre el *affaire* Carreño para hacer una nota.

Pero, además, otra casualidad: Bofill había nacido en Chile 28 años atrás. Su padre —que no era exiliado ni militaba en política— continuaba residiendo en Chile, donde era un profesional respetado. Cristian, en cambio, emigró a Brasil a los 13 años de edad; allí aprendió a hablar y a escribir con solvencia en portugués, logró hacerse de una buena situación profesional como corresponsal de United Press International (UPI) y, desde hacía un año y medio, se había incorporado a la sección internacional de *O Estado de São Paulo*.

Pensando, como su editor, que la llamada no entrañaba la posibilidad de un Premio Pulitzer, Cristian tomó el teléfono y se encontró con una voz de inconfundible acento chileno que ofreció proporcionarle material de primera mano sobre un resonante secuestro.

Como protagonista de una escena cinematográfica que cualquier director rechazaría por inauténtica, Bofill inició la charla con esta broma inverosímil:

—Oiga, amigo, no me va a decir que es usted el teniente coronel Carlos Carreño...

En vez de reírse o negar, el interlocutor hizo una breve pausa y luego respondió muy serio:

—De eso se trata precisamente. Soy Carreño y me acaban de liberar.

AFP



"Oiga, amigo, no me va a decir que usted es el coronel Carreño..."
"De eso se trata precisamente. Soy Carreño y me acaban de liberar."



Carlos Carreño el 4 de diciembre entrevistado por la TV chilena. Horas antes el coronel había hecho el papel de turista ciego.

El tipo de la placa daba la sensación de que se moría de ganas de ponerle la mano encima al paraguayo fugitivo. Se alejó en dirección a otro automóvil que estaba detenido en el carril contrario. Caminaba como si llevara una sandía entre las piernas y su actitud era la de "aquí vengo yo, y soy un duro".

La camioneta echó a andar.

—Relájese, hombre —le dijo Simón a Carreño—. No tiene por qué preocuparse: usted es un ciudadano uruguayo.

Mientras viajaban, Simón pensó en Boris, con quien se encontrarían en San Pablo. Y recordó una anécdota de "El Príncipe" que su compañero le había contado algún tiempo atrás. Entonces tuvo una idea. Sin hacer ruido, descargó su pistola y la dejó en el asiento, entre Carreño y él. Después fingió roncar. El teniente coronel, que llevaba los anteojos puestos y tenía la cabeza reclinada en el asiento, con la cara hacia el techo, apoyó al rato la mano en el asiento y tocó sin querer la pistola. El militar retiró inmediatamente la mano.

—¡Cuidado! —gritó Simón.

Iban a cien kilómetros por hora. El muchacho que manejaba se había dormido y la Chevrolet se salió del camino. De un golpe de timón, enderezó la camioneta. Era la tercera vez que ocurría desde que habían cargado el combustible. Simón había intentado dar charla al conductor para mantenerlo despierto, sin resultado. La acompañante cabeceaba. Carreño, que en los últimos kilómetros iba despierto, estaba nervioso por los vaivenes del vehículo. Había mucho cansancio acumulado: hacían turnos de dos horas para dormir pero cuando despertaban tenían más sueño que antes. Y, a medida que el día aclaraba, aumentaba el calor.

El chofer se detuvo a un costado de la carretera.

—No doy más —dijo—. No puedo mantener los ojos abiertos.

—Si quieren, yo puedo manejar —ofreció Carreño—. Conozco bien el camino.

"Podría ser", pensó Simón. Era mejor que arriesgarse a un accidente o perder tiempo durmiendo.

Habían viajado a un promedio de cien kilómetros por hora, que era la velocidad prudente para evitar que los detuviera la policía de caminos. Otro equipo del Frente Patriótico los esperaba en una casa de las afueras de San Pablo entre las ocho de la mañana y las tres de la tarde. Si no llegaban en ese plazo, el contacto se haría al día siguiente. Hasta ahora, iban bien: esperaban estar a la una de la tarde en el punto convenido. Sabían que San Pablo era una ciudad grande y habían calculado que demorarían una o dos horas más para encontrar la casa.

"Podría ser", se repitió Simón, pero enseguida descartó la posibilidad. Decidió, en cambio, hacer una parada breve.

—Quince minutos —dijo—. No más.

—Está bien —suspiró el conductor—. Será suficiente.

"El Príncipe" estaba tenso y no tenía sueño. Simón lo invitó a bajar de la camioneta para caminar.

—Venga —le dijo—. Le tomaré unas fotos.

Lo condujo del brazo a unos veinte metros atrás del vehículo, en sentido contrario al que viajaban, y se escondió en la maleza. "Listo —avisó—, sáquese los lentes y mire para acá." El teniente coronel estaba de espaldas a la carretera y había tanta oscuridad que no sabía de dónde venía la voz. Simón apretó el disparador de la cámara fotográfica y el militar se encegueció momentáneamente por el destello del flash. El combatiente le tomó varias fotos.

Llegaron a Curitiba cuando amaneció. Y sucedió algo que los atrasó más.

Tenían que tomar otra carretera. Viniendo desde el sur, antes de Curitiba, hay un complicado cruce de varias autopistas que conducen a distintos sitios: Porto Alegre, Iguazú, San Pablo y otras ciudades. El lugar está lleno de carteles indicadores, puentes, entradas y salidas. Poco antes, Carreño les había advertido que era difícil tomar la ruta a San Pablo. Relató que en una ocasión se perdió y, después de dar muchas vueltas, había salido en dirección contraria a donde iba.

Mientras Carreño hablaba, pasaron por el costado de una iglesia. El teniente coronel decía que había que entrar a Curitiba, que el camino era más largo pero más seguro. El conductor no le hizo caso: prefería guiarse por los carteles que sugerían bordear la ciudad. "Así ganaremos tiempo", dijo. Al rato, se encontraron frente a una encrucijada en la que no había señales indicadoras. El muchacho que manejaba comenzó a meterse en calles de tierra hasta que logró volver a la carretera.

—Listo —dijo—. No era tan complicado.

Entonces vieron de nuevo la iglesia por la que habían pasado varios minutos antes. "Hay que entrar a Curitiba —insistía Carreño—, el camino es más largo pero más seguro." El chofer se detuvo y consultó un mapa de rutas con su acompañante. El asunto estaba confuso. Después, extendieron el mapa y le pidieron la opinión a Simón. Entre los tres señalaron los caminos que parecían los indicados y partieron.

A los treinta minutos pasaron nuevamente por la iglesia, pero ahora en sentido contrario: iban rumbo a Porto Alegre. Cuando pudo, mucho más adelante, el conductor dio la vuelta. Carreño se había dado cuenta de que sus captores andaban perdidos y estaba nervioso. Llevaban una hora yendo y viniendo. El conductor llegó al cruce de autopistas del principio y detuvo la camioneta. "Esto es infernal", dijo. Entonces Simón le pidió al prisionero que se quitara las gafas y mirara los letreros indicadores.

—Claro —dijo "El Príncipe"—. Exactamente aquí me perdí yo aquella vez.

El chofer siguió sus indicaciones y entraron a Curitiba. En veinte minutos atravesaron la ciudad y llegaron a la carretera a San Pablo. Cargaron gasolina. Eran las ocho de la mañana, habían perdido una hora y media, y faltaban 500 kilómetros.

Al fin llegaron a los alrededores de San Pablo después del mediodía de ese sábado 28 de noviembre. Fueron, a pesar de todo, puntuales. En el lugar de cita previsto los esperaban dos parejas de "turistas" en un vehículo alquilado. Los cuatro compañeros del nuevo equipo estaban preocupados por la demora y a punto de irse, para regresar al día siguiente.

El turista ciego

El primero de diciembre fue un día de intensa actividad.

La noche anterior, cuatro rodriguistas y "El Príncipe" evacuaron la casa de los alrededores de San Pablo y ocuparon un departamento en el centro de la ciudad. El nuevo lugar estaba en el décimo piso, era amplio y había sido alquilado previamente por "turistas uruguayos".

Las cinco personas adoptaron nuevas identidades. Eran, aparentemente, un grupo familiar en vacaciones: dos matrimonios jóvenes —entre los que se encontraban Simón y Boris— y el papá de una de las muchachas. Ese señor padecía ceguera a causa de un accidente —usaba lentes negros y bastón blanco— y era el hermano mayor de uno de los rodriguistas. El turista ciego no saldría de su habitación hasta 48 horas después y no regresaría nunca más al departamento.

A las cinco y media de la tarde del miércoles 2 de diciembre, Mario Leite, el editor internacional de *O Estado de São Paulo*, recibió una extraña llamada en español que parecía aludir a un secuestro. Sin demasiadas expectativas de gran noticia, le pasó el teléfono a uno de sus redactores que hablaba castellano a la perfección, Cristian Bofill.

Bofill, por una de esas casualidades que serían inadmisibles en una ficción sofisticada pero que la realidad se empeña en producir a cada paso, estaba en ese preciso momento revisando información cablegráfica sobre el *affaire* Carreño para hacer una nota.

Pero, además, otra casualidad: Bofill había nacido en Chile 28 años atrás. Su padre —que no era exiliado ni militaba en política— continuaba residiendo en Chile, donde era un profesional respetado. Cristian, en cambio, emigró a Brasil a los 13 años de edad; allí aprendió a hablar y a escribir con solvencia en portugués, logró hacerse de una buena situación profesional como corresponsal de United Press International (UPI) y, desde hacía un año y medio, se había incorporado a la sección internacional de *O Estado de São Paulo*.

Pensando, como su editor, que la llamada no entrañaba la posibilidad de un Premio Pulitzer, Cristian tomó el teléfono y se encontró con una voz de inconfundible acento chileno que ofreció proporcionarle material de primera mano sobre un resonante secuestro.

Como protagonista de una escena cinematográfica que cualquier director rechazaría por inauténtica, Bofill inició la charla con esta broma inverosímil:

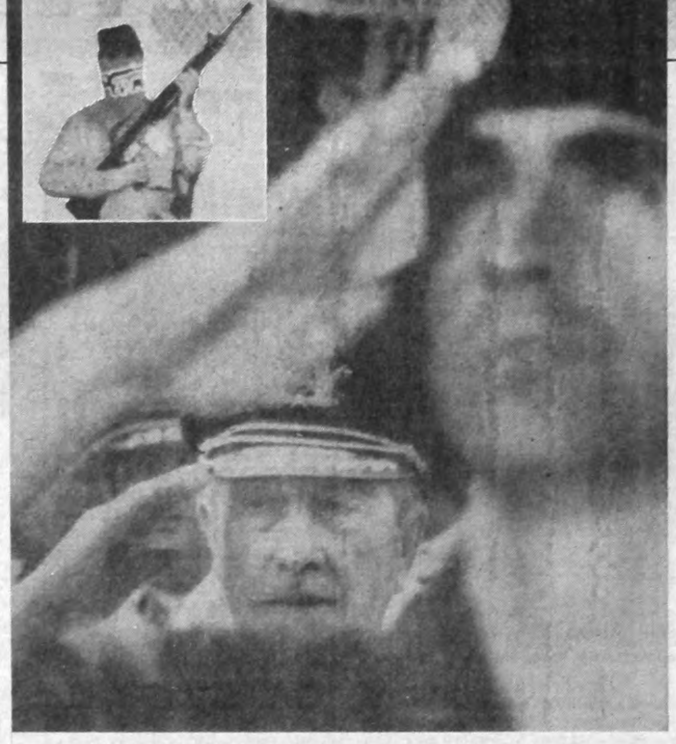
—Oiga, amigo, no me va a decir que es usted el teniente coronel Carlos Carreño...

En vez de reírse o negar, el interlocutor hizo una breve pausa y luego respondió muy serio:

—De eso se trata precisamente. Soy Carreño y me acaban de liberar.

AFP


"Oiga, amigo, no me va a decir que usted es el coronel Carreño..."
"De eso se trata precisamente. Soy Carreño y me acaban de liberar."



CON PINOCHET EN LA MIRA

El domingo 7 de setiembre de 1986 el Frente Patriótico Manuel Rodríguez atentó contra el general Augusto Pinochet. Estos son los entretelones inéditos del fallido tiranicidio.

En una ocasión, llegó el dueño de casa. A pesar de que esto estaba previsto, cundió cierto nerviosismo: cabía la posibilidad de que, por algún motivo, quisiera entrar a las habitaciones, o detectara algo sospechoso. La pareja lo invitó a pasar a la sala y se sentó a conversar con él, mientras los demás, silenciosos e inmóviles, permanecían pendientes de la conversación, que se alcanzaba a escuchar desde arriba.

El propietario, en tono cordial, formulaba preguntas de rutina.

—¿Qué les ha parecido la casa? ¿Se sienten bien?

La guerrillera que hacía de señora, aparte de tener el aspecto físico apropiado, estaba bien maquillada, bien peinada, lucía joyas. Actuando con desenvoltura, preguntó por el vecindario, fingió preocupación por el mal aspecto que tenían algunas casas de los alrededores.

—Las gentes que las ocupan tienen pinta de "rotos" —decía ella con afectación, utilizando el típico término chileno para designar despectivamente a los pobres.

—No se preocupe —le contestaba el dueño—, el jardinero tiene instrucciones de correrlos a escopetazos si se acercan mucho.

—Ah, ¿está armado?

—No. Yo le había dado antes una escopeta y ahora me la llevé a mi casa, pero si quieren, si se sienten más seguros, puedo traerla de vuelta y dársela.

—No, no, gracias, no creo que sea necesario, no es para tanto.

Su "marido" había alquilado la casa con su verdadera identidad, Alvaro Carlos Bunster, quien en la vida real trabajaba en la embajada de la República Federal de Alemania. Ese hecho, más su apariencia sajona, más los cinco mil dólares que le había pagado por anticipado, tenían al dueño entusiasmado con sus inquilinos.

Hablaron luego de los "padres" de ella, los "suegros" de él. La cobertura convenida era que estaban por llegar de Europa, iban a pasar un mes en Chile y se hospedarían en esa casa. El propietario se despidió satisfecho. Cuando sintieron que su auto se alejaba, los silenciosos ocupantes de las habitaciones respiraron aliviados.

Los días transcurrían. Cualquier fin de semana podía entrar por su equipo de radio la información de que la comitiva de Pinochet estaba en camino. Otro grupo de jóvenes, que se mantenía discretamente apostado al lado de la carretera y que también disponía de radio, era el encargado de alertarlos sobre su paso. Entonces habría llegado la hora cero para el operativo.

El plan estaba casi terminado; sólo quedaba por precisar cómo se haría la retirada. Los jefes discutían y descartaban ideas; ninguna ofrecía un margen de seguridad mínimamente satisfactorio. Tenían claro cómo se iban a meter en la boca del lobo, pero no cómo iban a salir vivos de allí. Finalmente salió una propuesta que, aunque pecaba de demasiado audaz, parecía la única factible. Acordado este último punto, la operación se armó redonda.

Un blanco desconocido

El viernes 5 de setiembre, a las nueve de la mañana, entró por fin la esperada comunicación radial y los cuatro jefes se enteraron de que Pinochet y su comitiva acababan de pasar por la carretera rumbo a El Melocotón. Quería decir que la hora cero estaba muy cerca; se mantendrían en alerta hasta que les avisaran que había emprendido el regreso hacia la capital.

Exactamente 54 horas después de la primera llamada, se produjo la segunda, el domingo 7 de setiembre, a las 15 horas. La radio les informó que el general se dirigía a Santiago.

Inmediatamente se puso en marcha la operación, tal como se había ensayado durante el simulacro. Momentos antes de salir, hicieron sonar las últimas palabras pronunciadas por Salvador Allende, mientras resistía, con el casco en la cabeza y el fusil en la mano, el ataque del ejército contra el Palacio de La Moneda. Uno de los jefes habló. Reivindicó la figura de Allende, evocó el ejemplo de su muerte heroica, y les recordó que las posibilidades que tendrían ese día de salir con vida serían muy pocas. Por último, les dio el dato que tanto habían esperado: explicó que el contenido de la misión era "ajusticiar al tirano".

Se hizo un silencio hondo. Luego se produjeron reacciones diversas. Algunos lo asumieron enseguida, como si lo hubieran intuido desde antes, y se relajaron. Otros pidieron que les repitieran: querían estar seguros de haber escuchado bien. Después hubo un estallido general de aprobación y de euforia, y partieron hacia su misión.

Los siete hombres y las cinco mujeres de la Unidad 502, armados con subametralladoras, granadas, fusiles y lanzacohetes, se trasladaron a la zona de El Mirador, y se ocultaron en una quebrada del cerro El Purgatorio. El jefe de la operación, Bernardo, quien había salido de la casa con ellos, se apartó del grupo y se paró al lado del punto donde se haría la emboscada, para dar la orden de ocupar posiciones.

Dentro de uno de los vehículos, una camioneta pick-up, los cuatro hombres y las tres mujeres de la Unidad 503, armados con subametralladoras y lanzacohetes, se dispusieron a esperar, en un punto de la carretera llamado Las Vertientes, a que pasara la caravana, para salir en su persecución.

Los cuatro hombres y las dos mujeres de la Unidad 501 se movilizaron en el coche que arrastraba la casa rodante, y se colocaron a un lado de la carretera en un lugar cercano a El Mirador, desde el cual podían divisar al comandante Bernardo.

La orden de fuego

Desde las 15.30 hasta las 18.30, las 26 personas permanecieron a la espera; unos, ocultos entre la despojada vegetación invernal; otros, a pie o en los vehículos.

A las 18.31, Bernardo vio la caravana que bajaba desde Las Vertientes hacia el cruce del camino a Pirque. Eran dos motocicletas y cinco coches. En alguno de ellos, no se sabía en cuál, viajaba el hombre que esperaban. La ambulancia no venía. Tal como estaba previsto, la pick-up de la Unidad 503 había arrancado detrás, pasando inadvertida. Entonces, dio la señal a las Unidades 501 y 502 para que ocuparan sus posiciones.

A las 18.32, un muchacho llamado Manuel, de la Unidad 501, quien conducía el coche con la casa rodante, dejó pasar a las dos motocicletas de escolta que iban adelante, y enseguida, de un golpe de timón, se atravesó a lo ancho de la carretera, cerrando el paso al resto de la caravana. Bajaron todos del coche y la guerrillera Amalia fue la primera en abrir fuego, descargando una ráfaga de subametralladora sobre el primer vehículo de la escolta, dejándolo inutilizado. Un integrante de la Unidad disparó contra uno de los motociclistas; el otro alcanzó a huir.

Desde el costado de la carretera, la Unidad 502 entró en acción. El guerrillero Arturo disparó un cohete contra el segundo coche escolta, y lo alcanzó. Simón apuntó al tercer coche y lanzó un misil que rozó el techo, abriendo, como con un abrelatas, un tajo profundo, pero que siguió de largo y derribó un poste de luz. Contra el auto que seguía, el cuarto, un Mercedes Benz color gris metalizado, dispararon desde muy cerca un cohete que dio en el blanco, uno de los vidrios traseros... pero que no detonó, porque no alcanzó a ganar la velocidad necesaria. Desde sus posiciones, todos los guerrilleros abrieron fuego con fusiles y subametralladoras.

La Unidad 503, que venía en la pick-up detrás de la caravana, bloqueó la retirada y abrió fuego con lanzacohetes y fusiles. Uno de sus hombres, Rafael, destruyó de un cohetazo el quinto y último coche escolta. Una patrulla de carabineros apareció por casualidad en el cruce del camino a Pirque, y los de la 503 le dispararon una ráfaga de advertencia. Inmediatamente los dos carabineros se escondieron, y volvieron a aparecer cuando todo terminó.

Las tres unidades abrieron fuego de subametralladoras y fusiles contra los miembros de la comitiva de Pinochet, que no opusieron resistencia y huyeron saltando por el barranco. Otros buscaron esconderse bajo los vehículos, y fueron alcanzados con granadas. Entre estos últimos estaba el capitán Mac Lean, jefe de la escolta, quien resultó herido en una pierna.

El tercer y el cuarto vehículo de la comitiva, que habían sido alcanzados pero no destruidos, maniobraron desesperadamente retrocediendo. Desprovistos de cohetes y granadas, los guerrilleros descargaban sobre ellos hasta el último de sus cartuchos. Protegidos de la lluvia de balas por el blindaje, los dos automóviles lograron escapar en dirección a El Melocotón.

El ataque duró siete minutos, de las 18.32 a las 18.39. Una motocicleta y tres vehículos estaban destruidos; otra motocicleta y dos vehículos lograron escapar. No hubo ninguna resistencia por parte de los hombres de Pinochet. Cinco estaban muertos y once, heridos. Si el general había muerto o no, era algo que los guerrilleros no sabían; dependía de cuál de los vehículos hubiera ocupado.

En ese momento no había tiempo para averiguarlo. Los 25 miembros del Grupo 4 de Septiembre estaban completos: ninguno había muerto ni recibido heridas durante la acción. Pero ahora los esperaba la parte casi imposible del plan: el repliegue hacia Santiago, enfrentándose a todo el aparato represivo chileno, que estaría como un lobo tras la presa.

Los guerrilleros no se hacían expectativas. Una cifra zumbaba en sus cabezas: cinco por ciento de probabilidades de no morir.

A las 18.39, tras tomar la decisión de perdonar la vida a los sobrevivientes de la escolta, Bernardo dio a sus hombres la orden de retirada hacia los vehículos. Las unidades 501 y 502, que habían quedado enfrente de la abatida caravana del dictador, y que tenían el camino a Santiago despejado por delante, cumplieron la orden rápidamente, y se dispusieron a arrancar. Pero debían esperar a la Unidad 503 —la que se había colocado con la pick-up en la retaguardia, para atacar desde atrás—, que estaba al otro lado, separada de ellos por la muralla de autos carbonizados, cadáveres y heridos tirados en la angosta carretera. Era difícil que lograra atravesarla antes de que llegaran las fuerzas de seguridad, que ya debían venir velozmente hacia el lugar de los hechos. Sin embargo, en segundos, la pick-up serpenteó entre los obstáculos, las llamas y el humo, y se reunió con los demás.

El hechizo de las sirenas

Los que estaban vestidos de carabineros se asomaron ostensiblemente por las ventanillas, mostrando los fusiles; los que andaban de excursionistas, se quitaron las vinchas y las bufandas, y las mujeres se agazaparon contra el piso para no ser vistas desde afuera. Pusieron faros rojos giratorios sobre los techos de los coches, que habían sido escogidos de tal manera que fueran iguales a los que usa la Central Nacional de Inteligencia (CNI), y arrancaron a toda velocidad hacia Santiago, por la mitad de la carretera, con las sirenas aullando. Si antes habían sido jóvenes burgueses de vacaciones, y después excursionistas, ahora, para la retirada, se jugarían la carta de pasar por agentes de seguridad.

A cinco minutos del lugar de la emboscada, en un punto de la carretera llamado La Vizcacha, había un retén militar. La barrera estaba baja y se notaba conmoción en el lugar. Vieron dos microbuses llenos de carabineros. Sabían que tratar de atravesar ese retén era jugarse el todo por el todo, pero no tenían alternativa.

Con las sirenas a todo volumen y haciendo apremiantes señas a los vehículos que venían en sentido contrario para que se apartaran del camino y los dejaran pasar, llegaron hasta el retén, cuyos guardias levantaron enseguida la barrera para no detenerlos, e inclusive les rindieron armas, tomándolos por gente de la seguridad de Pinochet. Su actuación había sido más que convincente.

Pudieron constatar que la ciudad y sus alrededores eran un verdadero hervidero de patrullaje aéreo y terrestre. Durante los diez minutos que tardaron desde el retén de La Vizcacha hasta Santiago, contaron 30 vehículos de carabineros, de la CNI y de la policía, que les pasaron por al lado sin siquiera reparar en ellos. Tal como habían apostado al diseñar la retirada, todos los gatos eran pardos en medio de la gran confusión generada por el atentado.

Llegaron al casco urbano y se separaron en distintas direcciones, previstas de antemano. El vehículo que conducía a Simón se dirigió a una estación de gasolina, el punto que habían acordado para descender del coche. Dos jeeps de carabineros, que cargaban combustible en el lugar, los obligaron a alterar bruscamente los planes. Al dar el timonazo para apartarse de la gasolinera, la pick-up cayó en una zanja de un metro de hondo. Metiendo la doble tracción, logró salir sin mucha demora. Improvisaron otro lugar para el descenso, se separaron, y cada quien marchó por su lado hacia su casa.

Media hora después, Bernardo entregaba a la dirección el parte donde informaba sobre el desarrollo de la operación. Más entrada la noche, mientras los barrios de Santiago iban siendo allanados casa por casa, Bernardo, sentado en algún sitio frente a un televisor, se enteraba de que el dictador había escapado ileso —salvo un rasguño en una mano— debido a que iba dentro del cuarto vehículo de la caravana, el que ellos habían alcanzado en el vidrio trasero con un cohete que no estalló. "Dios no quiso que me mataran", decía ante las cámaras, y mostraba su Mercedes Benz, color gris metalizado, con la ventana astillada y rociado por cincuenta orificios de bala.

Por designio de Dios, según él, o simplemente por la falla de un cohete, el General Augusto Pinochet, Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas, Capitán General del Ejército, Primer Infante de la Patria y Presidente de la República de Chile, seguía vivo. Pero debía estar temblando, y había quedado demostrado cuán vulnerable era, en medio de sus 14 años de poder y de todos sus títulos.